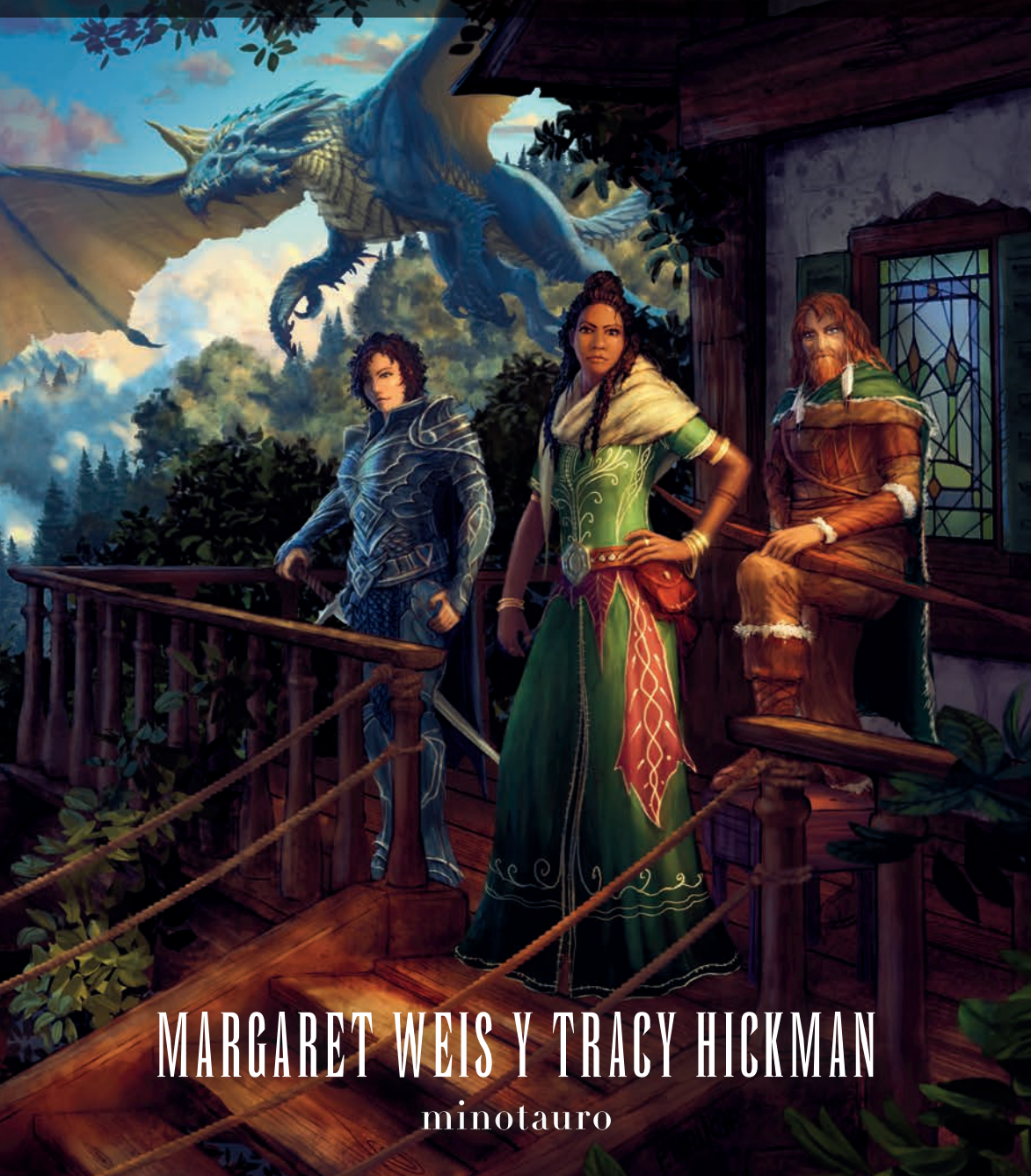




DRAGONES *de la* ETERNIDAD



MARGARET WEIS Y TRACY HICKMAN

minotauro



DRAGONES DE LA ETERNIDAD

DRAGONLANCE DESTINOS:

VOLUMEN 3

MARGARET WEIS
& TRACY HICKMAN

minotauro

Destinos n.º 03/03 Dragones de la Eternidad

© 2024 Wizards of the Coast LLC.
© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved.
Originally published as *Destinies n.º 03/03 Dragons of Eternity*.

DUNGEONS & DRAGONS, WIZARDS OF THE COAST, DRAGONLANCE, and their respective logos are trademarks of Wizards of the Coast LLC and are used with permission. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro. All dragonlance characters and the distinctive likenesses thereof are property of Wizards of the Coast LLC. This edition published by arrangement with Del Rey, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes Martínez
Diseño de cubierta: David G. Stevenson
Ilustración de cubierta: Philipp Ulrich
Diseño editorial: Alexis Flynn
Mapa: Jared Blando © Wizards of the Coast
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1896-5
Depósito legal: B. 13.931-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

Ilustraciones interiores de stock.adobe.com por los siguientes contribuyentes:

Capítulo 1: nurofina; Capítulos 2, 3, 6, 12, 24, 35, 41 y 43: Danussa; Capítulos 4, 25 y 37: Rawpixel.com; Capítulo 5: intueri;
Capítulo 7: Marina; Capítulos 8, 10, 13 y 31: jenesimre; Capítulo 9: Dmitriy Vlasov; Capítulo 11: Oleksandr Pokusai;
Capítulo 14: annbozhko; Capítulo 15: marstudio; Capítulo 16: Eugene; Capítulo 17: Curly; Capítulo 18: asiah; Capítulo 19: cgterminal; Capítulo 20: Yavor Shylau; Capítulo 21: t_dalton; Capítulo 22: Artem; Capítulo 23: swillklitch; Capítulo 26: artbalitskiy; Capítulo 27: Rashevskiy Media; Capítulo 29: warmtail; Capítulo 30: bioraven; Capítulo 32: PikePicture; Capítulo 33: Olga; Capítulo 34: Annika Gandelheid; Capítulo 36: Christos Georgiou; Capítulo 38: Vector Tradition; Capítulo 39: arkadiwna; Capítulo 40: Rustic; Capítulo 42: alhontess

Ilustraciones adicionales de los capítulos, cortesía de Wizards of the Coast, realizadas por los siguientes artistas:
Capítulo 28: George Barr; Capítulo 44: Crystal Sully

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotau.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotau
Twitter: @minotaulibros



CAPÍTULO

1

Tanis Semielfo llegó a la posada El Último Hogar esa mañana, antes del mediodía. Había volado atravesando la tormenta a lomos de un grifo, y aunque estaba calado y helado, miró alrededor con agrado. Otoño era su estación favorita para visitar Solace, cuando los árboles vallenwood ardían con llamas doradas. Incluso en ese momento, con el cielo cubierto de nubes negras y una lluvia continua que parecía hacer todo lo posible por apagar ese fuego, los árboles conseguían iluminar el feo día.

Tanis había llegado desde Palanthas, donde su esposa, Laurana, y él estaban tratando de organizar una reunión del Consejo de la Piedra Blanca. Tanis se alegraba de haber partido, de alejarse de tantas conversaciones y discusiones, de tanta confabulación y regateo. El trabajo que Laurana y él estaban haciendo era beneficioso y significaría muchos años de paz para Ansalon. Pero las conversaciones eran tediosas, frustrantes y lentas.

Los pueblos libres de Ansalon: los humanos, los elfos y los enanos se hallaban representados en el Consejo de la Piedra Blanca, una alianza que tenía el mérito de haber ganado la Guerra de la

Lanza. Al acabar la guerra, el Consejo se había disuelto. Pero, en ese momento, varias disputas menores entre las razas amenazaban la paz. Los enanos de Thorbardin querían nuevos acuerdos con los humanos y amenazaban con cerrar la montaña si no los conseguían. Los gobiernos de Ergoth del Norte y Ergoth del Sur pedían la implantación de aranceles sobre los bienes que entraban en sus países. Silvanesti se quejaba de minotauros saqueadores procedentes de Mithas, mientras que los qualinesti estaban furiosos contra los humanos que invadían sus tierras.

Para tratar esos problemas, los caballeros de Solamnina habían propuesto que se volviera a reunir el Consejo de la Piedra Blanca.

Laurana había dirigido las Fuerzas de Piedra Blanca durante la guerra y, en ese momento, representaba a las naciones elfas en la negociación. El alcalde de Palanthas encabezaba la delegación de Solamnina. Tanto los enanos de las colinas como los enanos de las montañas habían mandado a sus representantes, al igual que los gnomos y los ergothianos. Los kender de Kendermore estaban representados por su joven, enérgico e inteligente jefe, Balif II, quien aseguraba ser el descendiente del gran héroe militar kender.

Tanis no tenía ningún papel oficial en el encuentro, pero todas las partes lo respetaban, y de vez en cuando era llamado para oficiar de mediador si las negociaciones se tornaban conflictivas. Él agradecía estar en esa situación, porque significaba que había podido escaparse de las reuniones para visitar a sus amigos Tika y Caramon, y felicitarlos por el nacimiento de su segundo hijo.

Cuando llegó a la posada estaba empapado y abatido, pero la familiaridad del lugar lo animó. El interior estaba caliente y atestado de ruido y gente. Tika lo saludó con una sonrisa y lo riñó por viajar con la tormenta. Le cogió la capa para llevarla a secar ante el fuego, luego lo acompañó a su mesa de siempre, que se hallaba situada cerca de la barra, para que Caramon pudiera unirse a la conversación sin dejar de trabajar.

Tika y su esposo, Caramon, eran los propietarios de la posada, y ella servía las mesas mientras él reinaba en la barra.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó Tanis a Tika, al verla cargar con cuatro platos de patatas picantes: uno en cada

mano y otros dos equilibrados sobre los antebrazos—. Acabas de dar a luz.

—He tenido un bebé, no la peste —replicó Tika—. El pequeño Sturm está haciendo su siesta, si no te llevaría a conocerlo.

Se metió entre las mesas y entregó los platos y varias jarras de cerveza, luego volvió y se sentó junto a Tanis.

—¿Sabéis algo de Tas? —preguntó Tanis.

—No —contestó Tika, suspirando—. Lo echo de menos. Daría la mayoría de mis cucharas por tenerlo aquí de vuelta. Estoy muy preocupada pensando que pueda haberle pasado algo. ¡Nunca me he fiado de esa mujer!

—¿Qué mujer? —preguntó Tanis, incapaz de seguir el hilo de la conversación de Tika.

—Esa Rosebush —respondió Tika—. La que lleva esa horrible y fea gema colgada del cuello.

—Destina Rosethorn —le corrigió Caramon desde detrás de la barra—. Nos enviaste una carta explicándonos que habías hablado con Astinus y descubierto que Destina había ido hacia atrás en el tiempo, hasta la Tercera Guerra del Dragón, y que se había llevado a Raistlin, a Sturm y a Tas con ella.

—¿No has sabido nada de ellos desde entonces? —inquirió Tika.

—No, nada —respondió Tanis—. A decir verdad, he estado tan ocupado que ni siquiera he pensado en ello. Supongo que como no he oído nada, he creído que todo iba bien y que ya habrían regresado todos sanos y salvos.

Tika negó con la cabeza.

—No hemos visto ni rastro de Tas, y bien sabes que hubiera venido aquí a contarnos sus aventuras.

—Cierto —admitió Tanis, preocupado.

—Iré a ver si tu comida está lista —informó Tika mientras se levantaba.

Regresó con un plato lleno y lo dejó frente a él.

—Las patatas picantes de Otik; crujientes, como a ti te gustan. ¿Quieres algo más? —preguntó Tika.

—Ibas a traerme una jarra de cerveza... —le recordó Tanis.

—¡A eso iba! —repuso Tika, suspirando—. Estoy tan preocupada que se me ha ido de la cabeza. Quizá sea este día tan feo, pero tengo la sensación de que va a pasar algo malo. Algo terrible, y no sé qué ni por qué. Iré a buscarte la cerveza.

Caramon le pasó una jarra a Tika, que se la llevó a Tanis. Iba a sentarse cuando un cliente habló desde el fondo.

—Tika, he pedido el estofado de pollo y me has traído patatas...

—¡Y te vas a comer las patatas y a disfrutarlas, Hal Miller! —le gritó Tika.

—Sí, Tika —contestó Miller, sumiso, y comenzó a meterse patatas en la boca.

En silencio, Caramon cogió un plato de estofado de pollo, se lo dejó delante a Miller y se llevó las patatas. Mientras las llevaba de vuelta a la barra, cogió a su hijito Tanis y comenzó a comerse- las él y a compartirlas con su hijo.

Tika suspiró y miró a través de la vidriera de la ventana. Un grupo de kender estaban pasando el rato en el exterior de la posada, riendo y charlando sin preocuparse de la lluvia.

—Esperan poder colarse dentro antes de que los pille —explicó Tika—. Cada vez que miro afuera, espero ver a Tas con ellos.

—¿Cómo van las negociaciones para formar el nuevo Consejo de la Piedra Blanca, Tanis? —preguntó Caramon, cambiando de tema.

Tanis suspiró y meneó la cabeza.

—Estábamos a punto de tener todo arreglado, con los elfos y los caballeros compartiendo la presidencia, cuando un lord elfo sugirió añadir una pequeña cláusula. Uno de los caballeros salió con algún oscuro pasaje de la Medida que la prohibía. Los enanos de las colinas se pusieron del lado de los caballeros, y los enanos de las montañas, del de los elfos, y casi llegaron a las manos. Ya hemos perdido tres días con ese asunto, y aún seguían discutiendo cuando me fui.

Al oír llorar a un bebé, Tika se puso en pie de un salto.

—Se ha despertado de la siesta. Te lo presentaré. Deberías comerte las patatas antes de que se te enfríen.

Tanis disfrutó de las patatas mientras miraba por la ventana. Solace estaba situada en un cruce de caminos en Abanasinia, y

gente de todo Ansalon paraba ahí. A pesar de la lluvia, aún estaban llegando viajeros a la posada, apresurándose para refugiarse de la tormenta.

Mientras observaba a la gente corriendo por el camino hacia la posada, recordó un tiempo en que si hubiera mirado por esa ventana habría visto el suelo muy por debajo. El primer propietario, Otik Sandeth, había construido la posada entre las ramas de un enorme árbol vallenwood. Durante los años sin ley posteriores al Cataclismo, la mayoría de las casas de Solace fueron construidas en las copas de los árboles, para mantenerlas a salvo de los saqueadores.

Pero los árboles no habían salvado a la gente de los dragones, cuando estos atacaron Solace durante la Guerra de la Lanza. Los dragones quemaron los hermosos árboles, pero no destruyeron la posada. Después, esta bajó al suelo y sobrevivió más o menos intacta. Los árboles habían crecido de nuevo hasta alcanzar toda su magnífica altura. Hubo quien dijo que el dios Paladine había obrado un milagro, y se había hablado de volver a subir la posada a los árboles, pero Tika se negó a permitirlo. Había dicho que el tiempo pasado nunca volvería. Lo mejor era seguir adelante.

Fueron entrando más clientes, porque era el día del pudín de pan en la posada El Último Hogar. El pudín de pan en salsa de brandy de Tika era casi tan famoso como las patatas picantes de Otik.

Tika llevó el bebé para enseñárselo a Tanis, quien sonrió al ver la mata pelirroja que le cubría la cabeza, igual que los rizos pelirrojos de la propia Tika.

—Te presento al pequeño Sturm —dijo esta—. Pensamos en ponerle el nombre de nuestro querido amigo.

—Un bonito tributo —admitió Tanis.

Tika se puso al bebé en un brazo y recogió el plato de Tanis. Se dirigía a la cocina cuando, de repente, ahogó un grito y dejó caer el plato al suelo: una columna de titilante aire, como las olas de calor que se alzaban de un camino recalentado por el sol, se materializaba en el centro de la posada.

Los clientes lo vieron y se pusieron en pie, alarmados. Algunos corrieron hacia la puerta. Otros se quedaron, demasiado hambrientos o demasiado curiosos para marcharse.

Tanis se puso en pie de un salto, con la mano en la empuñadura de la espada. Caramon le pasó a Tika su hijo mayor y se colocó ante su familia, preparado para defenderla.

Pareció como si se abriera una puerta en medio de la reluciente columna, y un mago elfo de túnica negra pasó por ella. Dalamar chasqueó los dedos y la columna desapareció; después se volvió para mirar a los clientes.

—¡Fuera de aquí! ¡Todos! —les dijo.

Se lo quedaron mirando, pero nadie se movió. Varios elfos sentados a una mesa lo observaron, furiosos y desafiantes. Una elfa le dijo algo en su propio idioma. A juzgar por su tono desagradable y el gesto desdeñoso de la boca, no era ningún saludo amistoso.

Dalamar cortó el aire con la mano. Su túnica negra se agitó con él. En la mano sujetaba una bola de fuego azul, que crepitaba lanzando chispas.

—¡He dicho, fuera de aquí! —repitió.

Los clientes se apresuraron a obedecer. Algunos salieron corriendo, mientras otros agarraron su pudín o su cerveza para llevárselos. Los elfos se marcharon, pero se tomaron su tiempo, mientras lanzaban miradas envenenadas a Dalamar, quien se las devolvía con ecuanimidad. La posada se vació rápidamente, aunque los más curiosos se entretuvieron afuera, mirando por las ventanas, a la espera de ver qué estaba sucediendo.

El pequeño Sturm estaba gritando y Tanin sollozaba. La cocinera y mejor amiga de Tika, Dezra, al oír el ruido salió corriendo de la cocina. Tika le pasó a Tanin y le dio el bebé a Caramon, luego avanzó con paso seguro para encararse con el mago.

—¿Qué pretendes, Dalamar el Oscuro, al presentarte aquí como un tornado, amenazando con prender fuego a mi posada, echando a mis clientes y asustando a mis hijos? —Tika blandió el puño ante él. Sus rizos pelirrojos parecían arder de rabia—. ¡Más te vale tener una buena razón! ¡Mago o no mago, haré nudos con esa túnica negra tuya y te los haré tragar!

Dalamar no le prestó atención. Mientras mascullaba unas cuantas palabras, agitó la mano. Las persianas que cubrían las crista-

leras se cerraron de golpe. La puerta dio un portazo al cerrarse por sí misma, y el cerrojo la cruzó.

Dalamar se volvió hacia Dezra.

—La posada está cerrada. Llévate los niños a tu casa y quédate allí.

Dezra echó la cabeza hacia atrás y aguantó el tipo.

—Tú no me das órdenes.

—Haz lo que te dice, Dez —intervino Caramon—. Vete a casa y llévate a los niños.

—Pero ¡primero tráeme la sartén! —dijo Tika, furiosa.

—Solo llévate a los niños, Dez —pidió Caramon, mientras le pasaba al bebé—. Sal por la puerta de atrás.

Dezra lanzó a Dalamar una mirada asesina, y luego se llevó a Tanin y al bebé.

Caramon le puso la mano a Tika en el hombro, para calmarla, y luego miró a Dalamar.

—Creo que será mejor que te expliques.

Dalamar chasqueó los dedos y la bola de fuego azul desapareció.

—La bola de fuego solo era una ilusión. No había ningún peligro para la posada, ni para los niños ni para los clientes. Tengo que hablar con todos vosotros, incluido tú, Tanis, y en privado. Porque porto malas noticias.

—¿De Tas? —preguntó Tika con voz temblorosa. Le agarró la mano a Caramon.

—De todos nuestros amigos. La última vez que estuve aquí os dije que Destina Rosethorn y la Gemagrís había retrocedido a otra época con el Ingenio de Viajar en el Tiempo y se había llevado con ella a Sturm, Raistlin y Tasslehoff. El ingenio acabó destruido, y los dejó atrapados en el tiempo de la Tercera Guerra del Dragón. Un artífice creó un nuevo ingenio y el hermano Kairn, un monje de Astinus, fue al pasado para traerlos a casa.

» Pero Caos tenía otras ideas —continuó Dalamar, sombrío—. Y ahora la historia está patas arriba. Abreviando una larga y triste historia: un traidor mató al dragón de plata, Gwyneth, y asesinó a Huma antes de que tuviera la oportunidad de luchar contra Takhis. La Reina Oscura y sus ejércitos se hicieron con la Torre del

Sumo Sacerdote, y Solamnna cayó en su poder. Pronto conquistó todas las otras naciones de Ansalon, y después de eso, el mundo.

Tika había estado escuchando con una creciente impaciencia y en ese momento lanzó un bufido de incredulidad.

—¿Esperas que nos creamos ese cuento kender? ¡Ni siquiera Tas podría inventarse algo así! No sé a qué estás jugando, Dalamar, pero ¡ya puedes estar largándote de mi posada! Y la próxima vez entra por la puerta, como una persona normal.

Caramon le apretó la mano.

—Déjale acabar.

Tika se lo quedó mirando.

—No te estarás creyendo esa ridícula historia, ¿verdad?

Caramon miró fijamente a Dalamar.

—No estoy seguro de qué creer.

Tanis había guardado silencio y Dalamar se volvió hacia él.

—He venido a buscarte, Semielfo, para llevarte con Astinus. Existe la posibilidad de que podamos deshacer lo que se ha hecho, pero tenemos solo una estrecha ventana temporal para «arreglar» la historia antes de que el río crezca y nos ahogue. Necesitamos tu ayuda.

—Iré yo —dijo Caramon, y comenzó a sacarse el delantal.

—¡No lo harás! —gritó Tika mientras lo agarraba.

—No debes dejar a tu familia, Caramon —dijo Dalamar—. Si fracasamos y la oscuridad cae sobre nosotros, la gente de Solace te necesitará, necesitará tu fuerza y tu coraje.

—Hablas en serio, ¿verdad? —preguntó Tika, vacilante—. ¡Oh, Caramon, ya dije que tenía la sensación de que algo iba muy mal!

—No lo entiendo... —comenzó Tanis.

—Y no tengo tiempo para explicártelo —le cortó Dalamar, impaciente—. Podrás preguntarle a Astinus.

Tanis miró a Caramon.

—¿Tú qué crees?

—Hace mucho que conozco a Dalamar. Me ayudó cuando Raistlin... —Caramon apretó los labios, y luego concluyó a media voz—: Me ayudó cuando le necesitaba. Confío en él.

Tanis seguía sin estar convencido. No confiaba del todo en Dalamar, pero sí en Astinus.

—Tengo mis cosas en el grifo —dijo—. Iré a buscarlas.

—Date prisa —le acució Dalamar—. El tiempo pasa y el río crece cada vez más.

Tanis no tenía ni idea de lo que quería decir con que el río crecía, pero dudaba de que Dalamar se lo fuera a explicar. La mayoría del gentío reunido ante la posada se había dispersado, aunque varios kender aún rondaban bajo la lluvia, seguramente esperando que hubiera más cosas emocionantes o al menos una ronda gratis de pudín de pan.

Tanis cogió su saco de la silla y ordenó al grifo que regresara a los establos sin él. El viento silbaba tristemente al pasar entre los vallenwoods. La fuerte lluvia golpeaba las hojas doradas de los árboles y el barro se le pegaba a las botas. Cuando volvió a entrar en la posada, encontró a Caramon y Tika muy juntos, abrazándose. Dalamar iba de arriba abajo, impaciente.

—Estoy listo —informó Tanis. Al menos, pensó, si viajaban por arte de magia, el camino estaría seco.

—No digáis ni una palabra de esto a nadie —advirtió Dalamar a Caramon—. Haced vuestra vida de siempre.

Caramon le sonrió tristemente.

—Confía en mí, Dalamar. De todas formas, nadie nos creería.

—Respóndeme a una pregunta antes de irte, Dalamar —dijo Tika, extendiendo la mano hacia él—. ¿Hizo Tas algo en el pasado que haya provocado esta catástrofe? ¿Esto es culpa de él? Porque, si lo hizo, sabes que no lo habrá hecho a propósito. No habría querido que esto pasara... —No pudo continuar y se echó a llorar.

—Por lo que sé, Tas hizo todo lo que pudo para salvar a Huma y a Gwyneth, igual que Sturm, Raistlin y lady Destina —contestó Dalamar con amabilidad—. Pero se enfrentaban a un enemigo contra el que les resultaba imposible luchar: Caos.

Caramon le estrechó la mano a Tanis y Tika le dio un feroz abrazo.

—¡Cuídate mucho! Y si ves a Tas, dile que vuelva a casa ahora mismo. Nada de seguir paseándose con esa tal Rosebush y sus feas gemas grises.

—Se lo diré —le prometió Tanis.

Dalamar dibujó una circunferencia en el suelo con un trozo de carbón de la chimenea y le dijo a Tanis que se metiera dentro.

—Nuitari, concédeme tu bendición —dijo Dalamar, y recitó las palabras del conjuro—. *¡Triga bulan ver satuan / Seluran asil / Tempat Samah terus-menarus / Walktun jalanil!*

La magia se arremolinó alrededor de ellos y, al instante siguiente, Tanis se encontró plantado en la Gran Biblioteca de Palanthas, ante la puerta del maestro. Bertrem estaba allí para recibirlo.

—El maestro os espera —dijo a media voz.

Tanis encontró a Astinus escribiendo, como de costumbre. El maestro no alzó la vista de su trabajo, pero, con un gesto, indicó a Dalamar y a Tanis que se sentaran.

Este no se sentó, sino que fue directo al escritorio y puso las manos encima.

—¿Es cierto lo que lo ha dicho Dalamar, maestro? ¿Qué ahora Takhisis domina el mundo?

—Siéntate, Semielfo —insistió Astinus—. No me gusta tener que doblar el cuello para mirar a la gente. Todo se explicará. Estamos esperando a uno más.

Tanis tuvo la tentación de arrancar la pluma de la mano a Astinus, pero se contuvo, aunque permaneció de pie. Al cabo de un momento, Bertrem abrió la puerta.

—El hermano Kairn —anunció.

Tanis ya conocía al joven monje, pero casi ni lo reconoció. Kairn había cambiado su túnica de monje por ropas de viaje: botas y calzas, un abrigo largo con cinturón, chaleco, camisa y sombrero. Llevaba su bastón y lo apoyó en la pared mientras saludaba a Tanis.

Este miró a Dalamar.

—Creía que habías dicho que el hermano Kairn había retrocedido en el tiempo para rescatar a los otros.

—Y así lo hice, señor —respondió Kairn, sombrío—. Los llevé al año 351, a la posada El Último Hogar, la noche de vuestro reencuentro. Pero fui el único que llegó a la posada. Los otros están en alguna parte de Solace, aunque no tengo ni idea de dónde.

—En otras palabras, ha perdido a Destina y la Gemagrís en Solace en el 351, según el Tiempo de Caos.

—Tiempo de Caos. ¿Qué significa eso? —preguntó Tanis.

—Nuestro tiempo es ahora el Tiempo de Caos. Takhisis domina el mundo —respondió Dalamar.

Tanis era el único en pie. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Es eso cierto, Astinus? ¿Takhisis domina el mundo? ¿Este mundo en el que ahora nos hallamos?

—Así es —respondió Astinus con su voz carente de pasión.

Tanis estaba confuso.

—Pero... ¿cómo?

—Siéntate, Tanthalas, y todas tus preguntas tendrán respuesta —insistió Astinus—. O puedes marcharte.

Tanis se sentó.